

CAPITULO XXI

MUERTE DE SAN IGNACIO

SUMARIO: 1. Anciano y enfermo San Ignacio, nombra vicario de la Compañía al P. Nadal.—2. Relación de la muerte del santo, hecha por el P. Polanco.—3. Estatura y aspecto exterior de Ignacio.—4. Su carácter. El lema *Ad maiorem Dei gloriam*.—5. Su modo de obrar guiándose siempre por la razón.—6. Amor afectuoso que tenía á sus hijos.—7. Prudencia en manifestar este amor.—8. ¿Era severo San Ignacio? ¿Por qué se le ha juzgado así?—9. Persuasión general de que Dios revelaba á San Ignacio las cosas principales del instituto.—10. Sagacidad práctica del santo.—11. Firmeza en llevar hasta el cabo las empresas.—12. Estado en que dejó la Compañía al morir.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*.—3. Idem, *Diálogos sobre los salidos de la Compañía*.—4. *Epistolae mixtae*.—5. Cámara, *Memorial*.—6. *Monumenta Xaveriana*.—7. *Epistolae P. Lainez*.—8. *Epistolae P. Nadal*.—9. Lainez, *Carta al P. Polanco*.—10. Polanco, *Historia S. J.*—11. *Varia Historia*.—12. *Procesos para la beatificación de San Ignacio*.

1. Hemos descrito, según alcanzan nuestras débiles fuerzas, el principio y progreso de la Compañía de Jesús en España hasta entrado el año 1556. Hemos delineado también la acción de los jesuitas españoles en otros países, adonde se extendió la Compañía en los primeros diez y seis años de su existencia. Llegados á este punto, debemos trasladarnos por un momento á la capital del orbe católico, para presenciar la muerte de nuestro santísimo fundador, Ignacio de Loyola. Tiempo hacía que él y nuestros Padres de Roma estaban viendo venir el suceso. La salud del santo, siempre débil y quebradiza, se iba estropeando cada vez más los últimos años. Y como con la extensión de la Compañía iban creciendo los negocios de ella, viendo nuestro Padre que le faltaban fuerzas para tanto peso, determinó descargarse de él en un vicario que hiciera sus veces. Así, pues, por el otoño de 1554 cuando volvió de España el P. Jerónimo Nadal, consultados todos los Padres de Roma, le eligió por su vicario, mandando á todos que le obedeciesen como á sí mismo.

Unos veinte meses duró este estado de cosas, gobernando la Compañía en parte el P. Nadal, aunque residió muy poco en Roma. Efectivamente, á poco de nombrarle vicario, le envió Ignacio á Alemania para promulgar las constituciones y asentar las casas y colegios que allí se estaban fundando. Esta excursión duró hasta la segunda mitad del año 1555. Apenas vuelto á Roma el P. Nadal, sintió Ignacio absoluta necesidad de enviarle otra vez á España. El motivo principal de esta segunda venida, fué, según parece, el buscar subsidios para fundar sólidamente el colegio romano, que apenas se podía sostener por falta de renta conveniente. Bueno es recordar que España en el siglo XVI no sólo proveía de hombres doctos y santos á otras naciones más necesitadas, sino que también sustentaba con sus limosnas las obras piadosas de otros países. En este negocio estaba ocupado Nadal en España, cuando ocurrió en Roma la muerte de nuestro santo patriarca. La narración más segura que de ella podemos presentar nos la da hecha el P. Polanco en la carta que escribió seis días después al P. Ribadeneira, que entonces estaba en Flandes. He aquí esta relación:

2. «Pax Christi. Esta es para hacer saber á V. R. y á todos nuestros Hermanos que á su obediencia están (1), cómo Dios nuestro Señor ha sido servido de sacar de entre nosotros y llevarse para sí á nuestro bendito Padre M. Ignacio el viernes 31 de Julio, por la mañana, víspera de San Pedro *in vinculis*, soltando las que le tenían en la carne mortal ligado, y poniéndole en la libertad de los escogidos suyos: oyendo finalmente los deseos de este bienaventurado siervo suyo, que, aunque con grande paciencia y fortaleza sufría su peregrinación y trabajos de ella, deseaba muchos años ha muy intensamente en la patria celestial ver y glorificar á su Criador y Señor, cuya divina providencia nos le ha dejado hasta ahora, para que con su ejemplo, prudencia, autoridad y oración, fuese adelante esta obra de nuestra mínima Compañía, como por él mismo había sido comenzada, y ahora que las raíces de ella parece estaban medianamente fortificadas para crecer y aumentarse esta planta y el fruto de ella en tantas partes, hánosle llevado al cielo para que tanto más abundante lluvia de su gracia nos alcance, cuanto más unido está con el abismo de ella y de todo bien.

«En esta casa y colegios, aunque no puede dejarse de sentir la amo-

(1) Entonces promulgaba el P. Ribadeneira las constituciones en Bélgica, y era, por consiguiente, superior transitorio de los jesuitas que allí había.

rosa presencia de tal Padre de que nos hallamos privados, es el sentimiento sin dolor, las lágrimas con devoción, y el hallarle menos con aumento de esperanza y alegría espiritual. Parécenos de parte de él, que ya era tiempo que sus continuos trabajos llegasen al verdadero reposo; sus enfermedades á la verdadera salud; sus lágrimas y continuo padecer á la bienaventuranza y felicidad perpetua. De parte nuestra no solamente no pensamos haberle perdido, pero ahora más que nunca esperamos ser ayudados de su ardentísima caridad, y que por intercesión suya, la divina misericordia haya de acrecentar el espíritu y número y fundaciones de nuestra Compañía para el bien universal de su Iglesia.

»Y porque querrá V. R. entender algo de lo particular en el tránsito de nuestro Padre (que es en gloria), sepa que fué con gran facilidad y que no duró una hora después que caímos en la cuenta que se nos iba. Teníamos en casa muchos enfermos, y entre ellos el P. M. Laínez y á D. Juan de Mendoza y algunos otros, graves; y nuestro Padre tenía también alguna indisposición, que cuatro ó cinco días había tenido un poco de fiebre, pero dudábase si ya la tenía ó no, aunque se sentía muy flaco como otras veces; y así, el miércoles me llamó y me dijo que dijese al Dr. [Baltasar de] Torres que tuviese también cargo de él como de los otros enfermos, porque no se teniendo por nada su mal, acudíase más á otros enfermos que á él: y así lo hizo. Y otro grande médico amigo nuestro (que se llamaba M. Alejandro), también le visitaba cada día. El jueves siguiente me hace llamar á las veinte horas [á las cuatro de la tarde], y haciendo salir de la cámara al enfermero, me dice que sería bien, que yo fuese á San Pedro y procurase hacer saber á Su Santidad, cómo él estaba muy al cabo y sin esperanza ó casi sin esperanza de vida temporal, y que humildemente suplicaba á Su Santidad le diese su bendición á él y al M. Laínez, que también estaba en peligro. Y que si Dios nuestro Señor les hiciese gracia de llevarles al cielo, que allí rogarían por Su Santidad como lo hacían en la tierra cada día.

»Yo repliqué: «Padre, los médicos no entienden que haya peligro en esta enfermedad de V. R., y yo para mí espero que Dios nos ha de conservar á V. R. algunos años para su servicio. ¿Tanto mal se siente V. R. como esto?» Díceme: «Yo estoy que no me falta sino expirar», ó una cosa de este sentido. Todavía yo mostraba tener esperanza de su más larga vida (como la tenía), pero [respondí] que haría el oficio y demandé si bastaría ir el viernes siguiente, porque escribía aquella tarde para España, por vía de Génova, que se parte el correo el jue-

ves. Díjome: «Yo holgaría más hoy que mañana, ó cuanto más presto, holgaría más; pero haced como os pareciere, yo me remito libremente á vos.» Yo, para poder decir que, según los médicos, estaba de peligro si ellos lo sintiesen, demandé al principal dellos aquella misma tarde (que era M. Alejandro), que me dijese libremente, si estaba en peligro nuestro Padre, porque me había dado tal comisión para el papa. Díjome: «Hoy no os puedo decir de su peligro; mañana os lo diré.» Con esto, y porque se había remitido á mí el Padre, parecióme (procediendo en esto humanamente), de esperar al viernes siguiente por oír lo que decían los médicos. Y aquella misma noche del jueves nos hallamos á una hora de noche el doctor Madrid y yo á la cena de nuestro Padre, y cenó bien para su usanza, y platicó con nosotros, en manera que yo fuí á dormir sin sospecha ninguna de peligro de esta su enfermedad. La mañana, al salir el sol, hallamos al Padre *in extremis*; y así, yo fuí con priesa á San Pedro, y el papa, mostrando dolerse mucho, dió su bendición y todo cuanto podía dar, amorosamente. Y así, antes de dos horas de sol, estando presentes el P. Dr. Madrid [y el M. Andreas de Frusis, dió el alma á su Criador y Señor sin dificultad ninguna.

»Y hemos ponderado la humildad de este santo viejo, que teniendo certitud de su tránsito (como lo mostró el día antes, que no me acuerdo haberle visto afirmar cosa futura con demostración de certitud, sino ésta y la de la provisión de Roma, que nos prometió un año antes, como después al tiempo mismo ha venido), teniendo, digo, esta certitud de su tránsito, no quiso llamarnos para darnos su bendición, ni nombrar sucesor, ni aun vicario, en tanto que se hará la elección, ni cerrar las constituciones, ni hacer otra demostración alguna, que en tal paso suelen algunos siervos de Dios. Sino que como él sentía tan bajamente de sí, y no quería que en otro que en Dios nuestro Señor estribase la confianza de la Compañía, pasó al modo común de este mundo, y por ventura debió él alcanzar esta gracia de Dios, cuya gloria sólo deseaba, que no hubiese otras señales en su muerte, como en la vida también fué amigo de esconder los dones de Dios» (1). Hasta aquí la narración de Polanco.

3. Al llegar á este punto, esperan naturalmente nuestros lectores que les presentemos algún retrato ó descripción de San Ignacio. Habremos de condescender con este deseo, aunque confesando primero,

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. vi, p. 360. Allí pueden verse otras cartas en que se da cuenta á diversas personas de la muerte del santo.

con toda sinceridad, que desconfiamos de describir bien un hombre cuya admirable grandeza nos anonada. Por lo que toca al exterior de San Ignacio, el P. Ribadeneira, que tanto le trató, nos lo describe en esta forma: «Fué de estatura mediana, ó por mejor decir, algo pequeño y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y muy bien dispuestos: tenía el rostro autorizado, la frente ancha y desarrugada, los ojos hundidos, encogidos los párpados y arrugados, por las muchas lágrimas que continuamente derramaba, las orejas medianas, la nariz alta y combada, el color vivo y templado, y con la calva de muy venerable aspecto. El semblante del rostro era alegremente grave, y gravemente alegre, de manera que con su serenidad alegraba á los que le miraban, y con su gravedad los componía» (1).

4. Pero dejemos el cuerpo y penetremos en el alma de San Ignacio. Para entender el carácter de nuestro Padre, debemos poner los ojos en aquel glorioso lema *Ad majorem Dei gloriam*. Este pensamiento sublime, el más sublime que cabe en el cielo y en la tierra, da unidad interna y maravillosa á todas las acciones tan variadas y á primera vista opuestas que resplandecen en la vida de Ignacio. Todo cuanto hizo, lo hizo por la mayor gloria de Dios. Lo alto y lo bajo, lo grande y lo pequeño, lo propio y lo extraño, lo espiritual y lo temporal, todo lo enderezaba Ignacio á la mayor gloria divina. Jamás se vió hombre en el mundo tan lleno de una idea, y jamás una idea grande encarnada en un grande hombre, produjo resultados tan estupendos. Cuando esta idea exigía de Ignacio el retiro, la oración y penitencia, nuestro Padre fué contemplativo, austero y penitente hasta un extremo increíble.

En Manresa empleaba siete horas diarias en la oración. Al principio, como rudo en las materias de espíritu, dedicábase especialmente á las oraciones vocales; después, aplicando sus potencias á la meditación de los sagrados misterios, procuraba con sencillas consideraciones ahondar en el propio conocimiento, y moverse á perfecta contrición y á deseos fervorosos de servir á Dios. Ilustrado por fin con las internas visitaciones del Espíritu Santo, penetró más adentro en la comunicación con la Divina Majestad, y tuvo las formas de oración más extraordinarias que suele Dios conceder á sus siervos. Escribiendo el P. Laínez el año 1547 sobre varias virtudes de Ignacio, dice estas palabras acerca de su oración. «Cosas diversas me ha contado [el P. Ignacio] de las visitaciones que ha tenido sobre los mis-

(1) *Vida de San Ignacio*, l. iv, c. 18.

terios de la fe, como sobre la Eucaristía, y por un espacio de tiempo sobre la persona del Padre, y otro sobre la persona del Verbo, y últimamente sobre la persona del Espíritu Santo, y me acuerdo que decía que en las cosas de Dios nuestro Señor, más se había *passive* que *active*, como San Dionisio dice de Hieroteo, y otros ponen en el supremo grado de la perfección» (1).

Á esta oración tan levantada acompañaba una penitencia asombrosa. En Manresa se disciplinaba tres veces al día; en el viaje de Jerusalén andaba descalzo de pie y pierna, y cuando á la vuelta atravesó la Lombardía, en el rigor del invierno, llevaba unos malos zapatos, pero no gastaba medias. Cuando después, en Barcelona, fué apaleado hasta quedar como muerto, los amigos que le recogieron, al acostarle en la cama para curarle, vieron que su vestido interior era un asperísimo saco (2). En 1535, cuando fué de París á Azpeitia para curarse de sus achaques, mandó un día á cierta sobrinita suya que le trajese vino caliente, y que con él le mojase las espaldas. Esta sobrinita, muchos años después, en los procesos que se formaron para la beatificación de Ignacio, depuso con juramento, que tenía el santo las espaldas encanceradas y medio podridas por las disciplinas (3). Era entonces necesaria tan larga oración, eran necesarios estos rigores para dominar las pasiones violentas de la juventud, y por eso San Ignacio oró sin descanso y castigó su cuerpo sin compasión. Más adelante le fué necesario estudiar, y por la misma razón de la mayor gloria de Dios, para tener fuerzas y tiempo, abrevió la oración y moderó su penitencia. Esta regla que guardó consigo la impuso después á toda la Compañía, cuyas oraciones, penitencias, estudios, empleos, ejercicios y trabajos, los ordenó todos de suerte que siempre se enderezasen á la mayor gloria de Dios.

5. Para realizar en sí y en sus hijos tan alto pensamiento, dotóle el Señor de una cualidad que parece ser la más característica entre las prendas de San Ignacio. Esta fué su gran juicio y prudencia. Solía decir el santo, que el hombre difiere de los otros seres por la razón, y por consiguiente, debe proceder en todo guiado por la razón. Entiéndase por la razón ilustrada y gobernada según los principios de

(1) *Carta al P. Polanco*.

(2) Estos hechos constan en la biografía del Santo por el P. Cámara.

(3) Así consta en el proceso de Azpeitia para la beatificación del Santo. El fragmento relativo á este hecho lo ha publicado el P. Rafael Pérez en *La santa casa de Loyola*, p. 20.